

Puntos de Referencia

Edición online
N° 413, octubre 2015

Diagnósticos alternativos sobre la crisis de confianza

Harald Beyer

Resumen

En Chile se habla de un malestar social profundo que se reflejaría, entre otros aspectos, en la desconfianza interpersonal e institucional. También en la indiferencia hacia la política y la baja valoración de los representantes ciudadanos. Como parte de este malestar habría, además, mucho enojo con las élites por su incapacidad de entregarle certeza a los ciudadanos en áreas que son claves para su seguridad económica y personal. Si esto no se corrige, se argumenta que en una situación extrema podría incluso ocurrir una crisis institucional. Para enfrentar esta situación se requerirían cambios profundos y estructurales que, de alguna manera, rompan con el “modelo” que habíamos ido desarrollando. La Presidenta Bachelet se sintió representada por este diagnóstico.

Una de las complejidades que enfrenta esta hipótesis es la creciente satisfacción con la vida en general que manifiestan los chilenos y también la fuerte confianza en el futuro respecto de su situación personal y la de los hijos. Sin perjuicio de los numerosos problemas e inseguridades que enfrenta la población es difícil reconciliar esta evidencia con la idea de que ella está recorrida por un malestar profundo hacia la sociedad que hemos venido desarrollando. Una explicación alternativa es más plausible. La consolidación de la democracia y la modernización económica ayudan a satisfacer la aspiración de emancipación individual. Y algo de ello ha estado ocurriendo. Los chilenos sienten que tienen cada vez más control de sus vidas y libertad para elegir sus proyectos de vida. Esa realidad crea un ciudadano que es más crítico y que guarda distancia del poder y las instituciones de la democracia y del mercado. Son, por tanto, ciudadanos menos leales a las formas tradicionales de poder, aunque más asertivos, que exigen más de sus líderes políticos, de sus representantes, de las instituciones públicas y también de las privadas.

Si este es el escenario, y no uno de malestar, toda voluntad refundacional, puede ser poco atractiva para la población. Junto con una demanda por cambio hay otra por estabilidad. Como los procesos de modernización son complejos, más aún si van acompañados de un proceso de creciente vitalidad democrática que también supone escepticismo frente a los acontecimientos políticos, establecer un equilibrio no es fácil. En ese sentido, todos los actores interesados en vivir en un país mejor y que, más allá de los arduos debates coyunturales, están pensando con una mirada de más largo plazo en las instituciones y políticas públicas que son indispensables para avanzar ese país deben sentirse desafiados y obligados a participar con altura de miras en una deliberación que está lejos de ofrecer respuestas simples a los problemas de hoy.

Harald Beyer. Director del Centro de Estudios Públicos. Documento preparado para el seminario académico con el que el Centro de Estudios Públicos celebró sus 35 años. Por su carácter descarta las fuentes de las cifras señaladas y el sustento bibliográfico específico a algunas citas y referencias.

1. El país que hemos ido construyendo

Quizás el último cuarto de siglo en Chile ha sido el mejor período de nuestra historia republicana. La combinación de libertades políticas y económicas ha generado un progreso durante este período que no tiene parangón en nuestra historia. El ingreso per cápita, en pesos de igual valor, subió en un 140 por ciento desde 1990, es decir a un ritmo anualizado de 3,8 por ciento. Solo 17 de los 161 países para los que se registran datos para todo este período superan a Chile en la evolución de este indicador. La mortalidad infantil cayó desde una tasa de 16 por cada mil en 1990 a una estimada de 7,2 para 2014, es decir se ha reducido en un 55 por ciento.

Al mismo tiempo, la población que tiene al menos estudios secundarios pasó de 37 a 58 por ciento en el mismo período. Por cierto, no podemos estar satisfechos. En los países de la OCDE esta proporción es un 75 por ciento. Con todo vamos por buen camino. En el grupo de 25 a 34 años un 77 por ciento de nuestros compatriotas tiene al menos educación secundaria mientras que en la OCDE la proporción en ese grupo de edad alcanza a 82 por ciento. Es decir, la brecha comienza a desaparecer. Por supuesto, aún tenemos diferencias de calidad significativas respecto de esos países. Son desafíos de segunda y tercera generación más complejos y que requieren de un esfuerzo persistente de sucesivos gobiernos.

La pobreza se ha reducido de 39 por ciento en 1990 a los actuales niveles de 8 por ciento (metodología tradicional de ingresos). Incluso la esquivada desigualdad exhibe avances que no pueden dejar de valorarse. Así, el ingreso monetario per cápita promedio del primer decil se multiplicó por 2,9 mientras que el del decil de más altos ingresos se multiplicó sólo por 2,1. Como consecuencia de estos, y otros, cambios el Coeficiente Gini se ha reducido en cinco puntos porcentuales; de 0,57 en 1990 a 0,52 en 2013.

(Hay que recordar que subió hasta 0,58 en 2000.) Por cierto, aún la desigualdad es muy elevada, pero escuchamos tan a menudo que, en esta dimensión, no hemos avanzado que es bueno poner los antecedentes sobre la mesa.

Podríamos hacer una lista mucho más larga de los avances del país y contrastarlos con los registrados en otros períodos de nuestra historia. En algunos casos hay indicadores específicos que evolucionaron mejor en otros períodos que en este último cuarto de siglo, pero ninguno de ellos se iguala, ni de cerca, si se analiza un conjunto combinado de variables.

2. Las dificultades

Este progreso del que se han beneficiado todos los habitantes del país ha sido acompañado simultáneamente de otros fenómenos que generan incomodidad. La pérdida de confianza en las instituciones públicas y privadas es uno de éstos. Así, por ejemplo, al momento de reinaugurarse la democracia la confianza en el Parlamento alcanzaba poco más del 60 por ciento. En la actualidad es un décimo de esa proporción. En las grandes empresas, en 1990, confiaba alrededor del 50 por ciento de la población. Esa cifra no supera en la actualidad el 20 por ciento. Solos las FFAA, Carabineros y las radios han resistido en esta dimensión el escrutinio ciudadano. Todas las demás instituciones de la democracia parecen haber perdido la confianza ciudadana. Este no es un fenómeno de ahora y ha ido ocurriendo gradualmente desde mediados de los 90. Por cierto, los hechos del último año han deteriorado la confianza de algunas instituciones específicas. No es fácil explicar la tendencia más general e incluso organizaciones emergentes como el movimiento estudiantil, que en su momento fueron altamente valoradas, tampoco han logrado altos niveles de confianza de la población.

¿Qué hay detrás de esta situación? Es difícil saberlo. Quizás algunas pistas se pueden deducir de las respuestas que entregan las personas respecto de las causas que explican su confianza en una institución específica. Se menciona que las razones para confiar en una institución están relacionadas con el hecho de que ella busque el bien común o si hace bien su trabajo. (Encuesta incluida en el Informe PNUD 2015.) Esto sugiere que hay involucrado una evaluación de desempeño en la calificación de estas instituciones. Pero en una sociedad compleja donde la información es amplia y mediatizada por distintas fuentes es difícil realizar una evaluación a instituciones que no son próximas. Esto genera una situación muy particular. En un estudio elaborado por el Instituto de Sociología de la PUC se preguntó a los entrevistados por su confianza en los bancos. Solo un 4 por ciento de los entrevistados señaló tener mucha y bastante confianza en estas instituciones. Entre los que tenían cuenta corriente esta proporción subió a 15 por ciento. Preguntados respecto de su banco un 63 por ciento señaló tener mucha o bastante confianza en su banco. Este fenómeno se repite para un conjunto amplio de instituciones públicas y privadas. Esta paradoja, conocida como Fenno, fue formulada originalmente para comprender la razón de que a pesar de la mala evaluación del Congreso y de los senadores y diputados la reelección de ellos fuese tan alta. Una razón relevante es que a pesar de la desconfianza generalizada, en el caso de los parlamentarios reelectos la población señalaba tenerle una alta confianza. Por supuesto, también ocurre que en algunas democracias la competencia política es menos reducida de la que quisiéramos.

3. ¿Hay un problema mayor?

En ese sentido, la disminución de la confianza en las instituciones no necesariamente representa un problema para la democracia y podría ser

que tampoco la insatisfacción respecto de cómo ésta funciona deba tomarse con angustia. Esta evaluación podría entenderse, quizás, como una extensión de la paradoja de Fenno. Es así como la escasa satisfacción con el funcionamiento de la democracia “convive” con una alta valoración de la misma y conciencia de su importancia. No quiero exagerar este punto y tampoco manifestarme indiferente frente a la caída en la confianza de algunas instituciones y menos con el hecho de que no haya elevada satisfacción con la democracia o con el momento actual del país. Pero tampoco atribuirle el dramatismo que a menudo se le concede.

Así, la crisis de legitimidad que enfrentarían nuestras instituciones públicas y privadas hay que evaluarla en su justa dimensión. En ese sentido, no es evidente de que se habría agotado el “modus vivendi” político de los primeros años de democracia, es decir, la manera de interactuar de las partes en disputa en una sociedad y que ha dado origen a la hipótesis de que Chile está recorrido por un malestar social difuso. En particular, es necesario explorar con más cuidado la tesis de que se requiere un reacomodo estructural o un nuevo marco político, económico y social para superarlo.

4. El problema del malestar

Por ahora intentemos aproximarnos a esta idea de malestar. Desde luego, la desconfianza interpersonal e institucional y la eventual crisis de legitimidad que ella acarrearía es solo una de sus dimensiones. También la indiferencia hacia la política y la baja valoración de los representantes ciudadanos. Forma parte también de este malestar una cierta rabia dirigida a la élite por su incapacidad de hacerse cargo de las inseguridades ciudadanas, de resolver los déficits de representación y otorgarle capacidades a las personas para desarrollar sus propios proyectos

de vida (algo de esta visión se “cuela”, por ejemplo, en el Informe PNUD, 2012).

Esta visión se ha instalado en la política. La Presidenta, entonces candidata Michelle Bachelet, lo sintetizó muy bien en ese magnífico discurso con el que aceptó su candidatura presidencial. “Sabemos que hay un malestar ciudadano bastante transversal. Lo hemos visto en los estudiantes, en su movilización por una educación gratuita y de calidad. Lo hemos visto también en una clase media que se siente excluida y desprotegida. Lo hemos visto en las regiones, que han levantado la voz con fuerza contra el centralismo y el impacto negativo que tiene en su vida cotidiana.” Se relata una ciudadana que, entre otros aspectos, está alzando su voz descontenta y “la enorme desigualdad en Chile es el motivo principal del enojo”; “Un enojo que se manifiesta, además, como desconfianza en las instituciones.” Un enojo que, en aquel discurso, se describía como “justo” y que obligaba a “llevar a cabo reformas más profundas” para superar el descontento y la desigualdad.

Interesantemente este diagnóstico del malestar no es enteramente nuevo en Chile. Se ha planteado antes. Quizás el antecedente más emblemático sea el discurso de Enrique Mac-Iver. En su *Crisis moral de la República* señalaba “se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La confianza [se ha transformado] en temor, las expectativas en decepciones: El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad.” A la luz del debate contemporáneo, a pesar de haber sido escrito hace 115 años, ese discurso suena muy actual. Y hay más coincidencias Mac-Iver también vinculaba ese malestar, entre otros aspectos, “a la decadencia de la clase dirigente”, al surgimiento de la “cuestión social” como resultado evidente del progreso económico y también a la decepción

provocada por la insuficiente capacidad del Estado para hacer frente a sus tareas, particularmente la educacional.

Es evidente que en un proceso de modernización acelerado como el que ha vivido Chile, y a pesar de los avances sociales, las desigualdades se vuelven más notorias. En una economía con ingresos reducidos y estancada, ellas están lejos de desaparecer y pueden ser incluso mayores, pero son menos visibles. Así, en Chile si bien las brechas relativas han disminuido las absolutas han crecido. Por cierto, como señalaba la Presidenta en el discurso mencionado, no son esas las únicas desigualdades evidentes en el país.

Sin embargo, no me quiero alejar de ese difuso malestar que nos acompañaría y que reflejaría un descontento con la sociedad que hemos desarrollado. Esta tendría más de una dimensión, pero todas ellas confluirían hacia una desesperanza o decepción respecto de la situación que estamos viviendo. Por un lado, la modernización capitalista debilitaría el capital social de las comunidades y reduciría los vínculos de las personas con sus formas tradicionales de vida. Surgiría así lo que el sociólogo Peter Berger ha llamado una “crisis de sentido”. La posibilidad de que esta modernidad lleve a una incertidumbre o anomia generalizadas estaría, entonces, a la vuelta de la esquina. Este proceso parecería requerir de una guía: una suerte de Estado anti-anómico. Alguien, incluso, podría argumentar que se requiere de nuevos relatos para ayudar a las personas a recuperar el sentido de sus vidas y aglutinar a la comunidad.

Por otro lado, se produciría una disonancia entre el progreso material (¿objetivo?) en la sociedad chilena y una percepción ‘intersubjetiva’, fuertemente arraigada, de inseguridades y, como ya hemos visto, de desconfianza. Este desequilibrio -como otros- está influida por el proceso modernizador, pero especialmente porque este se anclaría en un “modelo

de desarrollo” específico que, por simplicidad, podemos llamar de mercado. Las caras más visibles de esta disonancia, que se traduce en malestar, serían los temores asociados a la seguridad económica en la vejez, a la imposibilidad de contar con recursos para el pago de la educación de los hijos o de un tratamiento costoso y no anticipado en salud. También inseguridad frente a la pérdida de la fuente de trabajo, a menudo la única fuente de ingresos que declaran las personas. Indudablemente la lista se puede prolongar.

Podría argumentarse que estos temores son propios de la naturaleza humana, pero la interpretación que se ofrece a menudo es que, más bien, son el resultado de decisiones de los grupos dirigentes, particularmente respecto de modelos de desarrollo o políticas públicas. Y en ese sentido, esos temores (y el malestar social) tarde o temprano se manifestarían en un rechazo generalizado al orden social vigente. Este puede tener distintas dimensiones desde las más “blandas” como caídas en confianza, adhesión, indiferencia o pérdida de legitimidad hasta más “duras” como protestas e, incluso en situaciones extremas, desbordes de la institucionalidad.

Si esta mirada prospera, es inevitable que las ideas de cambio refundacional, estructural o paradigmático surgen como necesarias para superar las desconfianzas y evitar eventualmente una crisis institucional. Por supuesto, en cada caso, habrá que dilucidar apropiadamente cómo se producen esas transformaciones y cuáles son sus alcances. Pero antes de esto quizás vale la pena indagar si esta visión tiene suficiente respaldo.

5. Complejidades

Una de las complejidades que enfrenta la hipótesis del malestar, tal como ha sido planteada, es la creciente satisfacción con la vida en general que manifiestan los chilenos. Así, por ejemplo,

en junio de 1990 un 54 por ciento de las personas consideraba estar muy satisfecho o satisfecho con su vida en general. Esa proporción había subido a 62 por ciento en 1995 y en la última medición de la encuesta CEP la proporción subió a 82 por ciento. Esta satisfacción se extiende a otros ámbitos de la vida individual, incluso al trabajo. Un 78 por ciento de los trabajadores chilenos está satisfecho o muy satisfecho con su trabajo (CEP agosto 2015), un 73 por ciento dice estar orgulloso del trabajo que hace (CEP abril 2015) y solo un 8 por ciento cree que las relaciones entre la empresa/gerencia y los trabajadores es mala en su lugar de trabajo.

Frente a esta aparente paradoja es tentador tomar un camino simple y sostener algo así como siguiente: “los chilenos están muy satisfechos con sus vidas, pero al mismo tiempo, y quizás por eso, cuestionan la sociedad en la que viven e incluso quieren transformarla”. Atractiva frase, pero no tan simple de comprender. Además, es tentador quedarse con la parte a la que uno se siente naturalmente más inclinado. ¿Por qué no es tan simple de comprender? Se puede responder con otra pregunta: ¿Por qué querrían transformarla si son los cambios que ésta ha promovido los que han permitido elevar no solo sus niveles de satisfacción sino también los de sus familia y otras personas cercanas? Una respuesta posible es que sientan que ese cambio sólo puede elevar su nivel de satisfacción, porque no pone en riesgo sus logros y solo aumenta sus seguridades. Este optimismo, si bien no hay que descartarlo, no parece compatible con el ciudadano “molesto” que ha emergido como consecuencia de nuestro desarrollo reciente. Otra respuesta a esta pregunta puede apelar a un carácter altruista de nuestros ciudadanos. Si bien están satisfechos con su situación personal y la de su entorno perciben que el resto de los ciudadanos está insatisfecho y que la única manera de cambiar esa situación es a través de un proceso refundacional. De nuevo es una historia posible, pero no parece ser compatible

con el individualismo al que se acusa a este modelo de desarrollo y tampoco con los bajos niveles de confianza interpersonal que caracterizan a nuestra ciudadanía.

Otra posibilidad, que si no me equivoco es la que ha privilegiado en algunas circunstancias el PNUD, es que las personas ocupan distintos “códigos” en la evaluación de su vida y de la sociedad. De hecho, en el último informe del PNUD frente a la pregunta de qué tan satisfecho está usted con el momento actual de Chile, en una escala de 1 a 10, solo un 25,8 por ciento se agrupa en las categorías de 7 a 10. (En la misma escala si se le pregunta a las personas respecto de satisfacción con su vida actual, en torno a un 70 por ciento se agrupa en esta parte.) Quiero detenerme un poco en esta mirada, porque creo que hay una explicación a lo largo de esta línea, pero que es de naturaleza muy distinta y que insinué al principio a propósito de la desconfianza.

¿No podría acaso esta visión, más crítica de la sociedad en la que nos encontramos, responder a la falta de conocimiento y cercanía respecto de lo que está pasando en una sociedad que es cada vez más compleja, además de la enorme información que fluye respecto de los problemas que ella presenta, a través de fuentes terciarias, antes que una visión definitiva crítica del “modelo” en el que vivimos? Es decir, ¿no estaremos en esta dimensión enfrentados a una paradoja de Fenno?

Por lo demás, esta interpretación es más coherente con otras respuestas de las encuestas que son, me parece, incompatibles con la tesis del malestar social. En efecto, por ejemplo en la encuesta CEP de noviembre de 2014 la población ve con mucho optimismo el futuro de sus hijos. Más de tres cuartos de la población creen que sus ingresos, su posición social o vida laboral serán mejores que la propia. Siguiendo en esta línea en la encuesta que acompaña al informe del PNUD un 54 por ciento de los entrev-

istados ve con confianza su futuro (valores 7 a 10 en una escala de 1 a 10 donde 1 refleja preocupación y 10 confianza). En cambio solo un 21 por ciento ve con preocupación esta situación (posiciones 1 a 4 en la escala). Estas miradas dan cuenta que la sociedad en la que vivimos no parece ser un lastre para nuestro desarrollo personal o el de nuestra familia. No pretendo resolver el asunto, pero me parece que la idea de que un malestar social difuso se ha instalado entre nosotros y con ello un rechazo al “modelo” que hemos construido merece, al menos, un escrutinio riguroso y no tengo claro que sea capaz de resistirlo. Sobre todo, cuando hay visiones alternativas más optimistas respecto de lo que está sucediendo.

6. Otras explicaciones

La apuesta de la modernización democrática refleja una aspiración de emancipación individual. Y algo de ello ha estado ocurriendo. De acuerdo a la Encuesta Mundial de Valores, por ejemplo, los chilenos sienten que tienen cada vez más control de sus vidas y libertad para elegir sus caminos. Algo de eso se refleja también la encuesta que forma parte del último Informe del PNUD. Más de la mitad de las personas siente que el rumbo que ha tomado su vida es el resultado de sus decisiones personales antes de que las circunstancias que le ha tocado vivir. Si me piden una proyección creo que la primera alternativa va a ir aumentando en importancia en el tiempo. De hecho, en el mismo estudio dos tercios de los entrevistados declaran que, en general, tienden a hacer lo que ellos quieren aunque no sea lo que los demás esperan de ellos. Solo un 30 por ciento de los entrevistados sienten que no hacen lo que quieren. Hay en esta respuesta una sensación de control de las propias vidas que no deja de ser significativo. La encuesta del CEP, todos los años, revela que, en opinión de la población, las causas de la pobreza y riqueza están asociados mucho más

a factores que están en el control de las personas que en aspectos que escapan de su control y la tendencia al respecto es creciente.

Esa realidad supone un ciudadano que es más crítico y que guarda distancia, o es definitivamente escéptico del poder y las instituciones de la democracia y del mercado. Son, por tanto, ciudadanos menos leales a las formas tradicionales de poder, aunque más asertivos, que exigen más de sus líderes políticos, de sus representantes, de las instituciones públicas y también de las privadas. Este ciudadano comenzó a emerger con el retorno de la democracia y hoy está comenzando a vivir su adultez. En la mejora del desempeño de nuestras instituciones, en el reconocimiento a ese ciudadano como un igual y en la disposición a reconocer sus derechos están las claves para recuperar confianzas. Ello, por cierto, supone dejarle espacio para que pueda desarrollar sus proyectos de vida. Es un ciudadano que ciertamente ha dejado de descansar en sus redes sociales tradicionales, pero ello no significa que ha visto depreciado todo su capital social. Como ha sugerido el propio Peter Berger, que antes citábamos, la propia sociedad civil es capaz de procesar esas crisis de sentido y crear instituciones y prácticas que son capaces de reemplazar a las que tradicionalmente ocupaban ese rol. Por lo demás, en Chile la familia sigue cumpliendo un papel insustituible en este ámbito y es quizás el mayor vínculo entre la etapa “antigua” y la modernidad democrática y capitalista que estamos viviendo en la actualidad.

7. Para finalizar

Obviamente sería un despropósito sostener que el país no tiene grandes problemas y enormes desafíos que abordar. Nada de ello se puede desprender de lo que he dicho. Pero me parece que el modelo que hemos ido construyendo, más allá de las innumerables tensiones que padece, está en buen pie para enfrentarlos y lograr los equilibrios que se requieren

para hacer de nuestra sociedad una más justa y próspera, que viva en paz y armonía. Desde luego, como ha mostrado la experiencia de los últimos años, nuestra sociedad no solo ha permitido importantes innovaciones en los más diversos planos, sino que ha generado los espacios para cuestionar las estructuras y poderes establecidos. En la sociedad pluralista que estamos viviendo, donde conviven valores y visiones que están en permanente competencia, es relevante que haya espacios para expresarlos satisfactoriamente. La dinámica que genera una sociedad de estas características genera malestares y temores específicos que deben y pueden resolverse en su propio seno con mucha efectividad. En parte, son resultado de las aspiraciones e ideales que son posibles de imaginar atendida esa interacción virtuosa entre libertades políticas, culturales y económicas. Por supuesto, algunos resultados pueden requerir de corrección, pero hay mecanismos y políticas para asegurar más bienestar, más equidad y más cuidado del medio ambiente, sin renunciar a la ampliación de las libertades.

Por cierto, esa forma de abordar el cambio supone tomar algún grado de distancia, o al menos mirar con escepticismo, la tesis del malestar social. He sugerido que hay buenas razones para eso. La alternativa de “politizar” el malestar social y utilizarlo como fuente de una postura transformadora es tentadora, pero puede ser poco fértil. Hay que reconocer que el cambio como idea es atractiva para la población; en diversas encuestas cuenta con gran apoyo en diversas dimensiones, incluso si se indaga por profundidad o urgencia. Después de todo, la población, más allá de que esté satisfecha con su vida, percibe temores específicos, particularmente a perder los frutos que ha alcanzado en los últimos años. Hay aún memoria de los cambios vividos. Si los procesos de modernización son más lentos, es posible que ésta pierda relevancia. Pero no es el caso de Chile.

Posiblemente, por eso mismo el riesgo de seguir este camino es alto. No sólo porque las personas aparentemente son más afectadas por una pérdida que una ganancia equivalente sino que también porque no quieren poner en riesgo tan fácilmente el bienestar subjetivo alcanzado. Además, no es claro como un proyecto refundacional o estructural conversa con las virtudes percibidas y asociadas al proceso de modernización reciente. Tampoco es evidente que pueda ensamblarse bien con el “antiguo modelo”. El país que hemos construido depende de tantas decisiones tomadas en el pasado que no son fáciles de desandar. Por cierto, ello debe hacerse si las consecuencias han sido muy dañinas para la vida en común, pero no parece que podamos levantar ese argumento con gran facilidad. Incluso esa democracia de los acuerdos tan cuestionada en la actualidad, si se es justo con la historia de la transición, no se puede interpretar como una componenda de las elites a la espalda de la ciudadanía. Ello fue más bien el resultado de una demanda ciudadana que hasta el día de hoy se cuelga en las diversas encuestas. Un botón de muestra: en la encuesta recogida en el último informe del PNUD, y a pesar de lo que ha sucedido en los últimos años, para más de la mitad de la población un buen líder para Chile es una persona que es capaz de alcanzar consensos y acuerdos. De más está decir que en las encuestas del CEP, indagada esta cuestión de diversas formas, hay una enorme demanda subyacente por amistad cívica y puntos de encuentro y acuerdo entre los distintos actores.

Todo ello hace pensar que la voluntad refundacional, más todavía si ese malestar social difuso es difícil de validar, no es demasiado atractivo para la población. Los procesos de modernización son complejos, más aún si van acompañado de un proceso de creciente vitalidad democrática que también supone, eventualmente, escepticismo, e incluso cuestionamiento, frente a los acontecimientos políticos. Algo de ello hemos vivido en estos últimos años y aún no comprendemos bien a esos ciudadanos que han emergido producto de esta profunda transformación. En ese sentido, todos los actores interesados en vivir en un país mejor y que, más allá de los arduos debates coyunturales, están pensando con una mirada de más largo plazo en las instituciones y políticas públicas que son indispensables para avanzar ese país deben sentirse desafiados y obligados a participar con altura de miras en una deliberación que está lejos de ofrecer respuestas simples a los problemas de hoy.

Para terminar déjenme citar esas lúcidas palabras de Marshall Berman “Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos”.

Nuestras preocupaciones y angustias quizás son muy bien resumidas por estas palabras, pero de ahí no se desprende necesariamente que estemos viviendo un malestar social que puede descarrilarnos de la ruta que hasta ahora hemos seguido. **PdR**